

Profesora: Ana Iriarte Goñi

Grado de Historia, 4º CURSO: 2020-2021

Universidad del País Vasco (UPV/EHU)

Cultura democrática ateniense

El día a día en la Atenas de Pericles



Vista de la Acrópolis desde el Areópago

Trabajo de Fin de Grado

Andoni Román Bañares

ÍNDICE

- Introducción 3
- Viviendas atenienses 4
- Un día normal 6
- Artesanos del Cerámico: El taller-hogar de un ceramista 8
- Hacia la palestra.....11
- Los Juegos o “competiciones” atléticas.....14
- Noche festiva.....16
- Conclusión.....18

Introducción

La cultura occidental, nuestro modo de vida, nuestra forma de pensar y nuestra forma de entender la política, conserva muchos aspectos del legado de la cultura helena. Los historiadores modernos dividieron esta cultura en diferentes épocas con el fin de poder estudiarla más fácilmente. Esta división no se realiza de manera arbitraria, sino que se siguen una serie de criterios como, por ejemplo, acontecimientos trascendentales, cambios políticos, conflictos, etcétera. En este trabajo nos situaremos en las coordenadas temporales de lo que se entiende por Época clásica (490 a.C.- 323 a.C.), un periodo en el que la cultura griega está en auge en todos los aspectos: la arquitectura, las artes plásticas, el teatro, la poesía, la filosofía... También es un periodo que todos identificamos con la rivalidad entre Esparta y Atenas, con las famosas Liga del Peloponeso y Liga de Delos, que en el último tercio del siglo V a.C. se sumen en un enfrentamiento que desangrará la Hélade y que ya entrado el siglo IV a.C. propiciará la aparición de nuevas potencias hegemónicas como Macedonia y su gran imperio de la mano de Alejandro Magno.

Concretamente, el presente trabajo se centra en el año 432 a.C., durante el gobierno de Pericles; justamente un año antes del estallido del conflicto entre Esparta y Atenas, en 431 a.C., cuando la contienda bélica iba a alterar la vida cotidiana de la población. En 432 a.C., Atenas vive un periodo de paz en el que la vida en la ciudad se desarrolla con normalidad, lo que propicia un marco más adecuado para desarrollar el objetivo de este trabajo, a saber, recrear una jornada de la vida de un joven ateniense, el hijo de un artesano.

El siglo V a.C. es conocido también como “el siglo de oro ateniense”, ya que todo este esplendor cultural tuvo como epicentro la *polis* ática. No obstante, el recorrido que propongo aquí se centra menos en la suntuosidad de los monumentos atenienses o en las grandes manifestaciones culturales de la época, que en las gentes corrientes, en las casas en las que vivían, en su modo de vestir, sus trabajos y sus momentos de descanso ... Para poder visualizar y representar lo mejor posible estos aspectos cotidianos, he decidido crear un personaje irreal pero creíble. Él nos servirá de guía para conocer diferentes aspectos de la vida diaria en Atenas y para visitar algunos lugares significativos de esta ciudad.

Se trata de Arifrón, hijo de Aneristo, de la tribu de los Ayántidas (la novena tribu ateniense desde la reforma de Clístenes, con Áyax como héroe epónimo). Arifrón pertenece a una familia de ceramistas que reside en el barrio del Cerámico. A sus 22 años, ya ha terminado el servicio militar que todo ciudadano debe realizar desde los 20 años de edad, puesto que son los propios atenienses los que forman el ejército de la polis. Para mantenerse en forma, al igual que el resto de los jóvenes, se ejercita regularmente en el gimnasio.

Partiendo de estas bases, nos situamos en un día cualquiera de la Atenas del 432 a.C. Está amaneciendo y los primeros rayos de sol iluminan de un tono anaranjado los

impresionantes templos de mármol de la Acrópolis. Las calles de la ciudad baja, donde residen los atenienses, comienzan a iluminarse y la actividad empieza a cobrar vida en las calles. Sin embargo, el aspecto que muestran no es el que podríamos esperar tras ver las impresionantes ruinas que se alzan en la Acrópolis... Las viviendas atenienses distaban mucho de esta suntuosa imagen que tenemos en mente.

Viviendas atenienses

Arifrón, nuestro protagonista, reside en el barrio del Cerámico, en un hogar de aspecto humilde que hace también oficio de taller de cerámica, al igual que otros muchos del vecindario, tal y como indica el nombre del propio barrio. La mayoría de las viviendas de la Atenas del siglo V a.C. debían de ser tan austeras como las que Plutarco describió siglos más tarde:

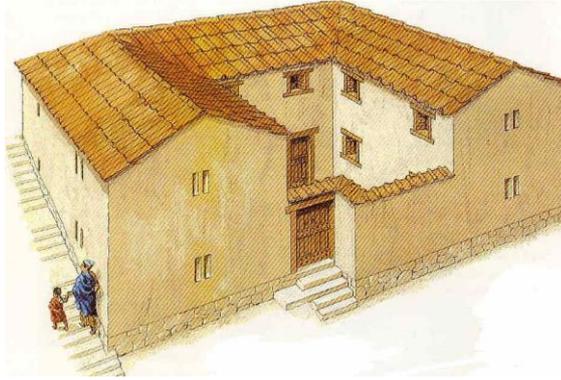
“La mayor parte de las casas son muy mediocres, y solo hay unas cuantas adecuadas” (Plutarco, *Vida de Teseo*, 6, 3-7).

Los materiales de construcción más habituales eran el adobe y la madera, aunque en algunos casos tanto las cimentaciones como la estructura general podían ser de piedra (guijarros unidos por mortero). Por lo general, las paredes eran tan endebles que muchos robos se cometían simplemente perforando los muros exteriores de la vivienda. De hecho, a los ladrones se les conocía como *toikorikoi*, que significa “perfora-muros”. Algunas de las casas podían estar parcialmente excavadas en la roca, como las del barrio de *Koile* (el “Hueco”), situado al suroeste de la ciudad, en el ángulo de unión entre el Largo Muro y la muralla que rodeaba la Acrópolis (Flacelière, 1959, 29-30).

La mayor parte de las casas atenienses eran de dimensiones muy reducidas, contaban con uno o dos habitáculos pequeños, aunque algunas de ellas disponían de una planta superior a la que se accedería mediante una sencilla escalera de madera. Los tejados eran más bien planos, a menudo en forma de azoteas y las ventanas que daban al exterior, si las había, eran pequeños tragaluces, ya que en esta época aún no se utilizaban cristales, sino paneles opacos para resguardarse del frío. En cuanto a la puerta principal, se abría hacia el exterior, según precisa el citado texto de Plutarco, de tal manera que antes de abrirlas se acostumbraba a dar unos golpes para avisar a los transeúntes y evitar posibles accidentes.

Muchas de estas viviendas eran de alquiler y los propietarios, ante un impago, utilizaban medidas como retirar la puerta, quitar tejas del tejado o cerrar la boca del pozo.

Por supuesto, en la Atenas del Siglo de Pericles, había gentes tan pobres que ni siquiera disponían de casa. Se trataba “homeless” como diríamos hoy en día. Estos desposeídos se refugiaban en los baños públicos en busca de calor o para refugiarse de la lluvia. Por el contrario, las familias pudientes disfrutaban de moradas más grandes y mucho mejor construidas que las que acabamos de describir. Así, los cimientos de la llamada «Casa de Kourouniotis» encontrados en el sector de la Pnix:



Reconstrucción de una vivienda ateniense

Los restos de edificios atenienses de cierta relevancia, han sido identificados por los arqueólogos como pertenecientes a instituciones públicas, no a casas particulares. Para encontrar viviendas de cierto tamaño que sin lugar a dudas pertenecieron a particulares tenemos que viajar a la antigua Olinto, ciudad situada en la Calcídica, a pocos kilómetros de la, más célebre, Potidea. En Olinto se han encontrado viviendas del siglo IV a.C. en muy buen estado de conservación debido a la mejor calidad de sus materiales. Son de planta cuadrangular y las habitaciones dan a un pórtico interior (*pastas*), seguido de un patio interior (*aule*), el cual está precedido por un vestíbulo o *prothyron*. La puerta de entrada está situada bien al Sur o bien al Este de la vivienda. La planta baja consta de dos o más habitáculos amplios, como el salón decorado con mosaicos en el suelo y el comedor habitual donde estaban también la cocina y el baño (esta asociación de cocina y baño la veremos también con mucha frecuencia en la cultura romana). Durante mucho tiempo se ha pensado que en el piso superior se encontraba el gineceo o lugar para las mujeres, aunque los estudios arqueológicos más recientes ponen en duda esta hipótesis (Iriarte, 2021, 51-54). En *Las Avispas* de Aristófanes podemos ver ciertos paralelismos entre la descripción de las viviendas atenienses y las casas de las familias acaudaladas de Olinto. Así pues, podemos llegar a pensar que en Atenas habría también estén tipo de viviendas de mayor lujo y tamaño para las familias más pudientes, pero la familia de Arifrón no es una de ellas (Flacelière, 1959, 31-34).

Un día normal

Ya ha amanecido en Atenas y Arifrón se dispone a levantarse de la cama y vestirse. Los griegos cuidaban mucho su higiene y aspecto personal. Nuestro protagonista lleva el pelo corto y una barba que aún está poco poblada. En época clásica los hombres frecuentemente llevaban barba y no se depilaban el vello corporal. Lo hacían las mujeres mediante lamparillas de aceite o navajas. En época arcaica los peinados de los hombres eran muy elaborados y se llevaba el pelo largo; no obstante, en época clásica solo los niños llevaban el pelo de esta forma. Esparta es una clara

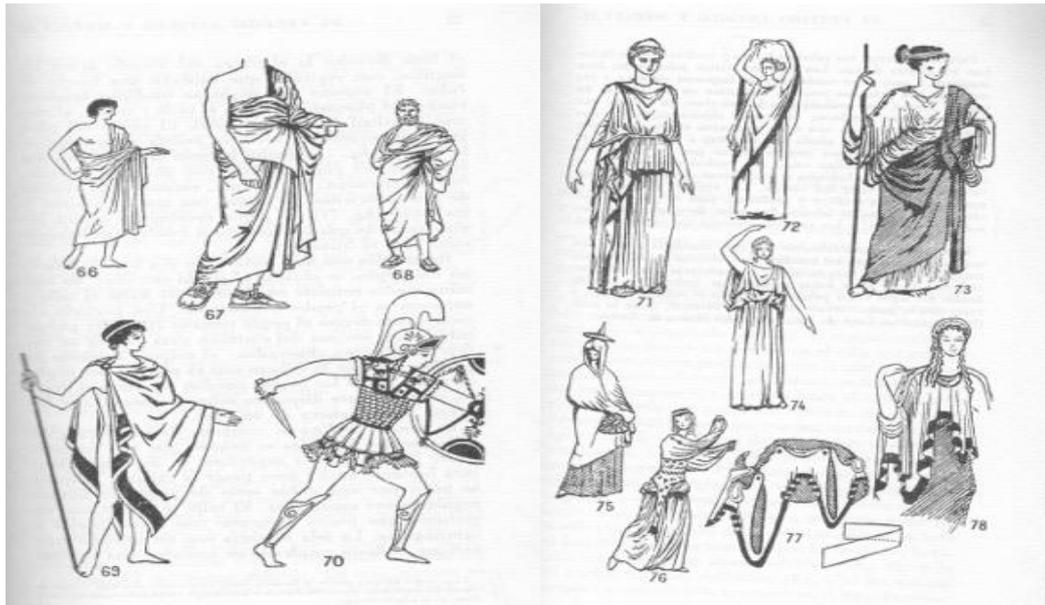
excepción porque los niños solían estar rapados al cero y los adultos se dejaban una larga melena; rasgo característico de los ciudadanos de esta *polis*. Salvo los espartanos, los griegos de época clásica solían llevar el pelo bastante corto.

Las mujeres en esta época llevaban elaborados peinados, sujetos con cintas y acabados en moños altos, era muy raro que las mujeres llevaran el pelo suelto, únicamente lo hacían en festividades concretas. Muchas se teñían el pelo, de rubio por ejemplo, que era un color muypreciado en la época, o incluso usaban pelucas. El cabello corto era signo de duelo o de vejez. Los esclavos de ambos sexos también llevaban el pelo corto (Beaulieu, 1971, 55-56).

Arifrón va a vestirse antes de desayunar; pero, ¿Cómo se vestían los hombres en la antigua Grecia? Los griegos apenas conocían tejidos sofisticados como la seda, los tejidos más utilizados eran de lana, de lino y, en algunos casos, de pelo de cabra. La mayor parte de los tejidos los fabricaban las mujeres en sus casas y consistían en prendas rectangulares que no quedaban ceñidas al cuerpo puesto que estaban sujetas a este en determinados puntos por una costura, cinturón o broches. Una de las prendas hechas con lana es la *exomida*, la cual dejaba al aire libre la mitad derecha del torso y se ataba al hombro mediante una fíbula. Esta prenda era muy utilizada por los esclavos, los obreros libres y los soldados. Bajo esta y otras prendas, los hombres no llevaban ropa interior a diferencia de los romanos. La prenda más común, sin embargo, era la túnica o *kiton*. Esta podía estar hecha tanto de lana como de lino y se diferenciaba de la *exomida* en que se ataba a los hombros con prendedores o cintas. La túnica se ataba a la cintura con un cinturón que formaba unos pliegues denominados *kolpos*, y en algunos casos se colocaban un segundo cinturón más arriba llamado *zoster*, que era un cinturón de cuero más ancho utilizado en el ámbito militar. Los griegos no se quitaban la túnica para dormir, solo el cinturón. Así nos lo cuenta Hesíodo:

“Si te ocurre algo en el pueblo, los vecinos acuden sin ponerse el cinturón, mientras que tus familiares se lo ponen” (Hesíodo, *Trabajos y Días*, v. 344).

Otro tipo de prenda era la túnica larga jonia, pero esta se solía utilizar en época clásica en el ámbito ceremonial o en las carreras de carros (la *xistis* blanca). Sobre la túnica, Arifrón se coloca con ayuda de su esclavo el *himation*, que es un manto de lana de forma rectangular. Los había más toscos o más finos, como el *chamis*, y generalmente en Atenas no se llevaba el manto sobre la piel desnuda, solo algunos filósofos la llevaban así, al estilo de Laconia. En lo que respecta al vestido femenino, no difería mucho del masculino salvo en la largura, ya que se trataba también de una túnica rectangular de lana o lino que se ataba mediante fíbulas en puntos determinados. El más sencillo y común era el *peplo*, una túnica muy ligera y poco ceñida que dejaba los brazos al descubierto desde los hombros (Beaulieu, 1971, 45-46).



Vestuario masculino y femenino según Michèle Beaulieu

Una vez aseado, vestido y calzado con unas sencillas sandalias de cuero, Arifrón se dispone a desayunar con los suyos. Antes de empezar, la madre dirige una plegaria a Hestia, protectora del hogar. A continuación, todos imitan el gesto del *pater familias*, el primero en probar los alimentos.

Sobre la mesa hay higos, pan de cebada en forma de torta (*maza*) y vino puro en el que se moja el pan. El desayuno griego que se denomina *akratismos* era frugal y sencillo. La base de la dieta en la antigua Grecia era el cereal; los panes o tortas de trigo o cebada eran la base de la alimentación. Buena parte del cereal había que importarlo desde otros lugares a la ciudad de Atenas, ya que el terreno en Grecia es muy malo para el cultivo y muy poco fértil. Beocia es un caso excepcional y sus gentes son conocidas como buenos comedores ya que había mayor variedad de productos alimenticios. Asimismo, las verduras eran también muy escasas; no obstante, las habas y las lentejas se consumían con frecuencia hechas puré (*etnos*). La carne era muy cara y muy pocas familias podían permitírsela, salvo el cochinillo que era relativamente barato. Sin embargo, la fuente de proteínas más común y accesible era el pescado. Podríamos decir que el pescado suplementaba al cereal como la base de la dieta. En el Ática estaba muy extendido el cultivo de las aceitunas, que se utilizaban para hacer aceite o bien para consumirlas crudas. A pesar de que tanto el desayuno como el almuerzo eran frugales a veces contaban con postre (*tragema*) que podía constar de fruta, higos, frutos secos como las nueces, queso o dulces elaborados con miel. Homero destaca en sus escritos el consumo del cereal en la dieta griega y denomina a los hombres “comedores de harina”.

Platón, en su obra *La República*, describe estos alimentos ideales:

“Para alimentarse, los hombres fabricarán seguramente harina, bien con cebada, bien con trigo, que amasarán o tostarán; harán hermosas tortas y panes que se servirán en bálago o en hojas muy limpias” (Platón, *Rep.*, II, 372 b).

En Grecia se desayunaba al salir el sol, ya que las actividades empezaban ya muy temprano. Se realizaba un almuerzo bastante ligero a media mañana y por la tarde o al anochecer se tomaba la comida más importante del día. En ocasiones de celebración y festividad se celebraban los *symposia* o banquetes, institución esta en la que nos centraremos más adelante.

En relación a la dieta, en el mundo clásico se desarrolló toda una tratadística sobre la dietética y la salud; ¿Qué debemos comer para estar sanos? El tratado más antiguo es el de Hipócrates titulado *Sobre la dieta*, que fue escrito alrededor del año 400 a.C. En este ámbito, según Hipócrates, juegan un papel primordial los cuatro humores del cuerpo humano: sangre, flema, bilis amarilla y bilis negra. Este pensador entiende que los alimentos poseen la misma composición que los cuatro elementos del cuerpo humano que a su vez se corresponden con los cuatro elementos de la naturaleza que señala Empédocles: fuego (caliente), agua (húmedo), aire (frío) y tierra (seco). Así pues, gozar de una buena salud sería el resultado de una combinación equilibrada entre los alimentos y los respectivos humores, acompañada siempre de ejercicio físico (García Soler, 2004, 6-7).

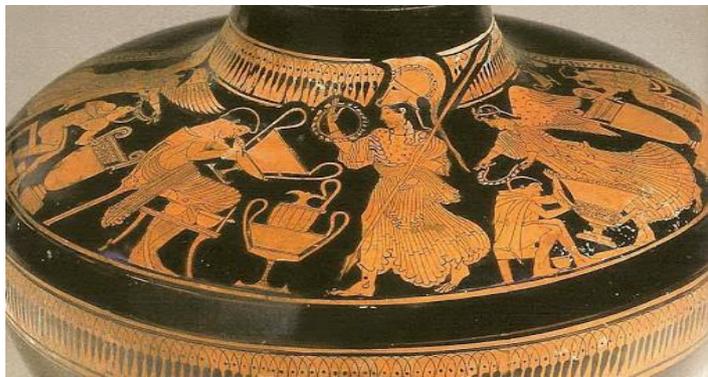
Artesanos del Cerámico: El taller-hogar de un ceramista

Tras el desayuno, los miembros de la familia se dispersan. Junto a la madre permanece la hermana de Ariffrón, la joven Crisótemis. Ambas se ocuparán del orden del hogar, mientras el esclavo doméstico, Marsias va a la fuente a por el agua necesaria. Después irán a ver las tiendas de tejidos del mercado central. Se acerca la fiesta de la patrona de la ciudad y Crisótemis necesita una fina túnica para lucirla en la procesión.

La religión cívica ateniense era la que permitía mayor participación de las mujeres en la vida pública. A pesar de vivir en un régimen democrático, ellas no participaban en la vida institucional. De hecho, entre los nombres femeninos que se conservan sobresalen los de sacerdotisas o los de benefactoras que tenían un papel principal en el culto, especialmente, de divinidades femeninas.

En las obras teatrales destacan muchos personajes femeninos, como la valiente Antígona, Electra o su madre, Clitemnestra, personaje de la obra de Esquilo, *Agamenón*, donde se presenta a una mujer que asume las tareas políticas de un hombre y controla su ciudad como la dureza de un tirano. Se han conservado hasta nuestros días algunos nombres de mujeres que llegaron a alcanzar reputación en Atenas, como Aspasia, o las madres y esposas de ciudadanos de la élite, pero disponemos de menos fuentes sobre la vida de las mujeres corrientes, como por ejemplo las que pertenecen a la esfera de los artesanos.

Arenisto, padre de Arifrón, empieza desde el amanecer a trabajar en su oficio: la producción de cerámica. El lugar de trabajo está en la propia casa, en el patio, donde hay un par de hornos para cocer las piezas y diversos utensilios para fabricarlas. La cerámica que fabrica Arenisto no es de las mejores, aunque tiene buena calidad. Muchas veces Arifrón ayuda a su padre en el oficio, pero ese día Arenisto le da al joven un respiro y deja que vaya a entrenar a la palestra. El lugar de Arifrón lo ocupa el esclavo de la familia, Ismenias, que en muchas otras ocasiones ya le ha ayudado en el trabajo; sin embargo, Arenisto comienza a plantearse la compra de un tercer esclavo que le ayude en la fabricación y le lleve ciertos encargos a los destinatarios. La demanda de ánforas se ha disparado en Atenas, donde la economía está en pleno apogeo en vísperas de las Guerras del Peloponeso.



Taller de ceramistas, con esclavo y asistido por Atenea, Hidria Caputi, figuras rojas, ca. 450 a.C., Colección Torno, Milán

Además de Marsias, la familia de Arifrón cuenta otro esclavo llamado Ismenias. Éste lleva en la familia desde que nuestro protagonista tiene uso de razón y es quien ha sido su maestro desde que era niño. También trabaja en el taller, acarreado la leña, manteniendo los hornos a buena temperatura, almacenando las piezas de cerámica o depositándolas en el carro para venderlas en el ágora. La familia le tiene mucho aprecio. No obstante, no debemos caer en la falsa impresión de que los esclavos eran tratados como iguales ya que en la antigua Grecia tenían el mismo estatus que un animal doméstico que no tenía ningún derecho, ni jurídico ni moral, simplemente eran “instrumentos con voz”. En la Antigüedad resulta inconcebible pensar en una sociedad igualitaria. Para los antiguos griegos la esclavitud era natural y totalmente normal. De hecho, célebres filósofos como Aristóteles defendían a pies juntillas la esclavitud y su carácter natural:

“...quien gracias a su inteligencia es capaz de prever, manda y es amo por naturaleza, mientras que aquel capaz de realizar duras tareas con su cuerpo, obedece y es esclavo por naturaleza” (Aristóteles, *Política*, I, 1).

La buena relación con los esclavos no siempre se daba en los hogares atenienses, dependía de las circunstancias familiares y, sobre todo, del amo. Los castigos físicos estaban permitidos y cada ciudadano poseedor de uno o más esclavos era libre de castigarlo o de tratarlo como le placiera. Había algunos casos en los que el dueño llegaba a matar al esclavo, pero era algo muy poco frecuente y en la Atenas clásica estaba severamente penado. Los esclavos, por lo general nacían con esta condición, aunque en algunos casos eran prisioneros de guerra o criminales que habían sido condenados a la esclavitud. Las condiciones de estos podían ser muy diversas: algunos tenían la suerte de servir en hogares de familias bien humildes o bien acaudaladas, servir como esclavos públicos realizando tareas de mantenimiento, administrativas, etc., o, los menos afortunados, trabajar en duras jornadas laborales en el campo o en las temidas minas de plata de Laurion, muy cerca de Atenas, minas de las que extraían el mineral indispensable para fabricar las dracmas de plata atenienses. En estas minas las condiciones laborales eran terribles y muchos de los esclavos que allí trabajaban morían o sufrían graves secuelas (Jenkins, 1998, 65-66).

En el ámbito artesano ateniense tenía una gran importancia la familia, ya que el conocimiento del oficio se transmitía de padres a hijos. Los hijos frecuentemente ayudaban en la producción artesanal a sus padres, haciendo estos de maestros. Esto se debe en parte a que el gobierno de la *polis* no se encargaba en absoluto de la regulación del trabajo; la única ayuda que podía ofrecer el Estado era la disminución del paro mediante la promoción de grandes obras públicas. En Atenas había alrededor de sesenta días festivos en los que no se trabajaba, pero en los días laborables el trabajo comenzaba muy temprano, nada más salir el sol, y terminaba al anochecer (Flacelière, 1959, 162-164). Así nos lo cuenta Filocleón, un personaje de comedia:

“En cuanto canta el gallo todos saltan de la cama para ponerse a trabajar, herreros, alfareros, curtidores, zapateros, bañeros, harineros, fabricantes de liras y escudos. Otros se ponen en camino nada más calzarse, cuando todavía es de noche” (Aristófanes, *Las aves*, v. 489-492).

La mayor parte de los ceramistas, como Arenisto, se agrupaban en el barrio del Cerámico. El barro se utilizaba para fabricar casi todos los recipientes que conocemos: tinajas, toneles (*pithoi*), copas (*kylikes*) o las ollas (*chytroi*). En esta época tiene gran prestigio en la Hélade la cerámica ática de figuras rojas. De hecho, para que el propio material fuera más rojo y menos poroso se le añadía ocre rojo (*miltos*) o bermellón. Los tornos para moldear arcilla ya existían en la antigua Grecia desde la época homérica, aunque era muy rudimentario. Consistía en una bandeja que estaba colocada sobre un eje vertical que había que girar manualmente. En muchas ocasiones el ayudante del ceramista (normalmente un esclavo, aunque también podía ser su hijo) era quien giraba el torno mientras el ceramista moldeaba el barro para dar forma a la pieza. Posteriormente, el vaso se dejaba secar al sol, luego se barnizaba y por último se decoraba antes de meterlo en el horno.

En época arcaica se difundió la decoración de figuras negras sobre el fondo rojo de la arcilla. No obstante, ya a finales del siglo VI a.C. y, sobre todo, en el V a.C. se contorneaban las figuras mediante un trazo negro dejándolas del propio color de la arcilla y a continuación se cubría el fondo con barniz negro hecho con óxido de hierro que proporcionaba brillo a la pieza. Este se aplicaba mediante un pincel grueso. Esto dio lugar a la antes mencionada cerámica de figuras rojas. También se utilizaban otros colores como el blanco para realizar los fondos de los leцитos funerarios. Con mucha menos frecuencia se utilizaba el azul, el rosa, el oro o el ocre. Por último, se realizaba la cocción de la pieza en el horno. Esta solía ser una operación muy delicada ya que el mínimo error podía estropear la pieza (Flacelière, 1959, 166-167). En el horno los minerales arcillosos pierden agua y se cristalizan. Para lograr que el mineral arcilloso se cristalice se deben alcanzar temperaturas comprendidas entre los 500°C y los 800°C; una temperatura muy próxima a la que alcanza el hierro cuando está al rojo vivo. Esta temperatura es relativamente fácil de alcanzar; no requiere más que prender un fuego de leña a cielo abierto. No obstante, esta cerámica fabricada mediante temperaturas relativamente bajas es muy frágil y quebradiza. Para mejorar las propiedades de la pieza es necesario realizar un progresivo aumento del calor hasta alcanzar unos 950°C o 1000°C (Pastor, 1990, 30-31). Los hornos en los que se cocían las piezas eran más altos que un hombre; de unos dos metros de altura, y la combustión se activaba mediante un fuelle de piel de cabra. Es interesante observar que, al igual que en las representaciones deportivas, en las representaciones de artesanos estos aparecen desnudos o semidesnudos (Flacelière, 1959, 167).

Hacia la palestra

Arifrón sale de casa para dirigirse a la palestra tomando la vía Panatenaica que atraviesa el Ágora en dirección al Dipilón, una puerta monumental doble que se abría en la muralla de la ciudad y que daba acceso a esta. Por esta puerta, siguiendo la vía Panatenaica transitaba también la procesión de las Panateneas, un rito en honor a Atenea y la fiesta más importante de la ciudad. La procesión partía desde el Dipilón, pasando por el Ágora hasta llegar a la colina de la Acrópolis, donde se situaba el Partenón, templo dedicado a Atenea. En dicho templo, símbolo de la grandeza de Atenas y la civilización griega, está representada esta procesión en un friso que recorre toda la cornisa interior del templo. En la procesión se llevaba con solemnidad el peplo con el que se vestía a la estatua de la diosa, el cual era confeccionado y bordado anualmente por jóvenes seleccionadas. En las Panateneas desfilaban los mandatarios de la ciudad, los ciudadanos luciendo su equipo militar, sus esposas vestidas con sus mejores joyas y túnicas, los sacerdotes, los efebos de las mejores familias a caballo..., toda la ciudad estaba representada en una solemne procesión (*pompe*) que ascendía hasta los altares de la Acrópolis para depositar sus ofrendas (García López, 1975, 77).

Al salir de la ciudad hacia la palestra en la que tanto disfrutaba, nuestro protagonista atraviesa el principal cementerio, situado a ambos lados de la vía que

conduce a Academos. La necrópolis que observa a cada paso el joven ciudadano se remonta al siglo VIII a.C. y la componen numerosas terrazas con pequeñas sepulturas de ciudadanos, metecos y esclavos. Los monumentos funerarios consistían por lo general en placas de mármol o estelas adornadas con bajorrelieves. También había templetos con frontones financiados por los eupátridas, coronados con vasos de mármol que se denominaban leцитos y lutróforos.

Arifrón continúa hacia el Oeste, hacia el gimnasio de Academos, un frondoso bosque consagrado a Atenea en el que se encontraban los doce olivos sagrados de la diosa (*moríai*), los cuales se consideraban originarios de un brote del olivo sagrado que lucía junto al Erecteion, en la Acrópolis. En este bosque había altares a otros héroes y dioses como Hermes, dios de los gimnasios, y Eros, dios del amor. Los atenienses disfrutaban paseando por estos jardines y avenidas que Cimón había embellecido y acondicionado años atrás. En estos parajes se educaba también en Filosofía; de hecho, han dado nombre a las academias de nuestros días. Es allí donde Platón, discípulo de Sócrates, estableció una enseñanza regular a partir del año 387 a.C. Se trataba, sin duda, de un lugar ideal para el cultivo de la mente y el pensamiento, pero también para el cultivo del cuerpo, ya que para los griegos el equilibrio entre el cultivo del intelecto y el cultivo de un físico fuerte y atlético era la mejor forma de mantener una buena salud y de alcanzar el ideal de *kalokagathia*.

Arifrón ha realizado ya el servicio militar que todo ciudadano ateniense debe hacer en la efebía, y se dispone a formar parte de la guarnición ateniense que compondrá el grueso de las fuerzas aliadas frente a la Liga del Peloponeso cuando comience la conflagración entre las dos ligas.



Joven atleta con su entrenador, copa de fig. rojas, ca. 480 a.C., Ashmolean Museum, Oxford

El joven entra en la palestra y se dirige a los vestuarios que están situados a uno de los dos lados del patio al aire libre donde se desarrollan los ejercicios. Este patio está rodeado de un pórtico columnado al que se abren las diferentes estancias de la palestra

destinadas al almacenamiento de arena y aceite necesarios para el entrenamiento, a los baños y salas de descanso (*exedras*). Ese día hay mucha gente entrenando. Arifrón transcurre por el pórtico repleto de gimnastas desnudos untados en aceite. En el pórtico hay también bustos pintados del dios Hermes, patrón de los gimnasios. Nuestro protagonista se desnuda y se baña en un gran pilón de piedra antes de la sesión. A continuación, se aplica la unción de aceite sobre la piel y se espolvorea el cuerpo con arena. Esta práctica se realizaba por higiene, ya que creían que protegería el cuerpo al aire libre. Arifrón ha traído también su rascador de bronce, el *strigilo*, que utilizará al acabar la sesión para retirar el aceite, la arena y el sudor de la piel (Flacelière, 1959, 133-134).

Las cicatrices en el rostro de Arifrón dejan claro que su especialidad es la lucha; es un joven fuerte y robusto. Sin embargo, no lleva los correajes de cuero que habría llevado un pugilista. Ciertamente, Arifrón no boxea, su especialidad es el *pancracio*. El *pancracio* era una de las modalidades de lucha más antiguas en la que valía todo para ganar, salvo sacar los ojos o morder. Se realizaban llaves, tirones, se utilizaban los puños las patadas, los derribos o las luxaciones. Era la modalidad más peligrosa y muchos contendientes quedaban gravemente heridos en competición o podían incluso llegar a morir. A diferencia del boxeo, no se utilizaba ningún tipo de equipamiento, correa para los nudillos o protección alguna para la cabeza; todo valía para ganar al adversario. Cada llave recibía el nombre de la parte del cuerpo que se inmovilizaba; por ejemplo, la inmovilización de la cabeza se denominaba *besolabi*. Algunas de las llaves más practicadas eran arrojar al adversario agarrándolo de la cintura y volteándolo de tal forma que cayera de bruces. La llamada *posición del carnero* era también muy común, una posición muy similar a la que toman los jugadores de rugby en la *mêlée*. El combate terminaba cuando uno de los dos contendientes era dejado fuera de combate o se rendía alzando el dedo índice (Sesé, 2008, 201-211). Frecuentemente en la cerámica griega se representaban escenas de la vida cotidiana y también del deporte. En una vasija ática hallada en Vulci podemos ver la representación de un combate donde el árbitro golpea a uno de los contendientes por tocar el ojo del contrario (Domínguez & González, 2011, 186).



Copa ática hallada en Vulci (Italia). 500 a.C.

Arifrón salta a la arena con su grupo, entre los que se encuentra sus mejores amigos, Estéfano, hijo del zapatero instalado enfrente de su casa, e Hipólito, el hijo de uno de los importantes ceramistas instalados en el barrio del Areópago. Un pedotriba vestido con un manto púrpura y una vara dirige la sesión. A sus órdenes hay también alumnos destacados que hacen la función de monitores. En un extremo de la palestra hay un tañedor de oboe que marca el ritmo de los ejercicios (Flacelière, 1959, 133-135). Los jóvenes atletas comienzan el entrenamiento. Pronto se suceden los tirones, los puñetazos y las llaves al ritmo del oboe. El sudor, el aceite, el polvo y los gritos de los compañeros arengando la lucha dominan el ambiente en la palestra.

La práctica del deporte y los juegos en la antigua Grecia se correspondía principalmente a dos características de la sociedad griega: la vida militar y la religiosidad. No es de extrañar que muchas de las disciplinas que se realizaban en los juegos tuvieran una gran influencia de la vida militar. Para un pueblo tan belicista como el griego, la práctica del ejercicio fortalecía a los hombres de cara al rendimiento en la batalla. En la Atenas y la Esparta del siglo V a.C., donde el grueso del ejército lo componían contingentes de ciudadanos libres, el deporte creaba lazos de camaradería que reforzaban al ejército en batalla. Esta influencia del mundo militar en el deporte griego se ve de forma clara en los deportes de lucha, pero también en el lanzamiento de jabalina o la carrera con casco y *aspis*. Por otra parte, como he dicho, los juegos tenían un claro sentido religioso. Es más, no podemos comprender la naturaleza de los juegos y el deporte sin tener en cuenta el factor religioso, ya que es su primer y más importante impulsor.

Los Juegos o “competiciones” atléticas

Todo da comienzo con los Juegos Olímpicos del 776 a.C. Debido a un importante trasfondo mitológico que no voy a abordar, los primeros juegos se realizaron en la localidad de Olimpia, al Oeste del Peloponeso. A lo largo de los siglos, los Juegos Olímpicos serían los más célebres y los de mayor importancia. Estos juegos estaban consagrados a Zeus y el culto al dios presidía en todo momento la celebración de los juegos. Era un acontecimiento que a mediados del siglo V a.C. cada cuatro años atraía a miles de griegos de todas partes del Mediterráneo. Los mejores atletas del mundo griego competían por el título de “campeón olímpico”; un honor que pasaba a la posteridad por generaciones. El ganador recibía una corona de olivo, todos los honores correspondientes y, sobre todo, la gracia de Zeus y de los dioses. En Olimpia se alzaron numerosas construcciones destinadas a los entrenamientos (palestras, gimnasios, almacenes...), a la competición (estadio e hipódromo) y al culto (templo de Hera, templo de Zeus Olímpico, altares...) que se conocía como *altis* (Sesé, 2008, 201-211). En el gran templo se Zeus que dominaba el complejo deportivo, el escultor clásico Fidias realizó una estatua crisoelefantina de Zeus sedente de aproximadamente doce metros de altura. Esta era una de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo que, desgraciadamente, se ha perdido a lo largo del tiempo. El complejo lo jalonaban

decenas de altares, estatuas y ornamentos que engrandecían el complejo e impresionaban a los visitantes que frecuentemente acampaban en los terrenos colindantes mientras se celebraban los juegos. En Olimpia residía también el Consejo o Senado olímpico, que era el que organizaba y presidía los juegos. En definitiva, Olimpia era un lugar de encuentro del mundo griego; un lugar que unía a todos los griegos a pesar de sus diferencias y sus confrontaciones aludiendo a la idea unificadora de “panhelenismo” o “identidad griega” descrita por Heródoto (Barceló & Hernández de la Fuente, 2019, 170); de hecho, en el caso de que dos *poleis* estuvieran en guerra se forzaba una tregua con el fin (entre otros) de salvaguardar a todos los espectadores que acudieran a Olimpia. No podía haber conflictos militares entre los griegos durante esta festividad o Zeus lo castigaría con severidad. A pesar de que los juegos de Olimpia eran los más grandiosos e importantes, había muchos otros dedicados a otras deidades como los Juegos Píticos en Delfos en honor a Apolo, los Juegos Ístmicos o los Juegos Nemeos, por nombrar los más importantes.



Estadio de Olimpia

Un rasgo a destacar que caracterizaba al deporte en la antigua Grecia, como he mencionado ya, es la desnudez. De hecho, la palabra gimnasia proviene de la raíz griega *gymnos*, que significa “desnudo” en griego (Flacelière, 1959, 133). Tucídides es quien nos explica que esta costumbre de practicar deporte desnudos provenía de Esparta:

“Los lacedemonios fueron los primeros en aparecer desnudos y que, al mostrarse en público sin ropa, se frotaron con aceite para las competiciones deportivas. Antiguamente, incluso en las pruebas olímpicas, los atletas llevaban una especie de cinturón que escondía su sexo” (Tucídides, I, 6).

Otro rasgo importante era el valor que daban los griegos a la victoria. En nuestros días se valora positivamente la participación y el esfuerzo. Sin embargo, en Grecia lo único que importaba era ganar. Ser vencido en los juegos o en una competición deportiva era una deshonra, tanto para el atleta como para su patria y su familia. La gloria o *time*, en griego, no era solo para el atleta en cuestión, sino también para la familia y la reputación de su *polis* (Jenkins, 1998, 45). Sabemos que los vencedores en cualquier tipo de disciplina deportiva agradecían su suerte levantando

estatuas en honor a los dioses y estos se convertían en protagonistas de las obras poéticas más célebres de la época. Tenemos el ejemplo de Gelón, rey de Siracusa, el cual ganó una carrera de cuadrigas en los Juegos Olímpicos del 488 a.C. y levantó dos estatuas de bronce, una de ellas en honor a Atenea Niké (victoriosa). Cuando su hijo, Hierón de Siracusa venció en los juegos del 476 a.C. encargó al poeta Píndaro canciones que glorificaran sus victorias y las de su padre (Golden, 2008, 7). Esto no es más que un mero ejemplo de la importancia que daban los griegos a la victoria y lo castigada que estaba culturalmente la derrota.

Las disciplinas que se practicaban en los Juegos eran muy diversas. La competición más antigua de todas era la carrera pedestre, que consistía en recorrer la pista de lado a lado y volver por el mismo camino; quien llegaba primero a la meta ganaba. Posteriormente se sumaron a las competiciones atléticas el lanzamiento de disco, de jabalina y el salto de longitud. Además, estaban los deportes de lucha que anteriormente he nombrado, tales como el boxeo, la lucha libre y el pancracio. Eran disciplinas tremendamente violentas que ensalzaban los valores guerreros de los griegos. El *pentathlon* era una disciplina muy apreciada ya que era muy completa. Lo componían la carrera, el disco, el salto de longitud, el lanzamiento de jabalina y la lucha. Por último, estaban las célebres carreras de caballos. Estas podían ser a lomos de estos o con carros tirados por caballos, que eran las más populares. Normalmente el beneficiado de la victoria era el propietario de los caballos y no el auriga, que solía ser un peón contratado (Sesé, 2008, 201-211).

Hoy ha sido un día esforzado para Arifrón y sale de la palestra dolorido y fatigado tras el duro entrenamiento al que lo ha sometido el pedotriba. El camino de vuelta se le hace mucho más largo. Se dirige a su casa por la vía que conduce al Dipilón para almorzar y pasear con sus amigos por el Ágora antes de prepararse y acicalarse para el banquete que el padre de Hipólito organiza para agasajar a unos clientes fenicios que le han hecho una importante compra.

Noche festiva

Arifrón y Estéfano llegan a casa de su amigo Hipólito, quien los recibe en el pórtico de la misma. Ambos deben descalzarse antes de entrar en el *andron*. La sala está bordeada por lechos y pequeñas mesas redondas donde se depositará la comida. El ambiente es de júbilo entre los invitados (*heteiroi*). Se colocan en sus respectivos lechos mientras los esclavos de la casa se apresuran para sacar los platos sin hacer esperar a los invitados. Uno de ellos recorre cada lecho con un cuenco con agua en el que los comensales lavan sus manos; del mismo modo lo hace nuestro protagonista. Esto se debe a que en los banquetes se comía mayoritariamente con las manos. Seguidamente, el banquete comienza con el *propoma* o “aperitivo”; una copa de vino aromatizado que se bebía por turnos. Tras él comienzan a llegar las bandejas repletas de comida.

Los *symposia*, cuya traducción literal es “reunión de bebedores”, eran tan populares entre los ciudadanos que dieron origen a todo un género literario. Esta actividad masculina ya desde fechas muy tempranas (época arcaica) se separó en dos fases: la ingesta de comida o *deipnon* y la ingesta de la bebida o *symposium*. Esta transición se daba cuando el ambiente era propicio y se había calmado el apetito; entonces las mesas eran retiradas y los comensales se acicalaban para dar comienzo a esta segunda fase del banquete (González, 2000, 230). En los *symposia* predominaba la ingesta de vino que se mezclaba con agua. No obstante, no solo era un acontecimiento en el que se bebía; como hemos visto, los esclavos traían bandejas llenas de las mejores exquisiteces que podía ofrecer el anfitrión (aunque en algunas ocasiones la comida y la bebida se aportaba entre todos los comensales). Los participantes se recostaban en los lechos de lado y la comida era servida en pequeñas mesas de tres patas que se colocaban junto a los lechos. Durante el banquete había música, adivinanzas, chistes y charlas muy variadas. Los banquetes eran ocasiones de ocio, socialización y reunión en la sociedad griega. En época clásica, la participación de las esposas oficiales en estos banquetes estaba terminantemente prohibida. Las mujeres que participaban en los banquetes eran simples prostitutas, artistas o las célebres heteras educadas para conversar y entretener con los comensales recitando poemas al son de la lira o bailando en la segunda parte del *symposium* propiamente dicho (Jenofonte, *El banquete*, VII-IX). Esta segunda parte se iniciaba nombrando a un *symposiarkhos* o *basileus* que dictaba las proporciones en las que iba a mezclarse el vino con agua. Los invitados se entregaban a la bebida, al canto y a la charla por turnos y las borracheras solían ser el resultado más común (Vernant, 1993, 265). Tal y como nos cuenta el poeta cómico Eubulo a cada crátera mezclada se le asignaba un carácter diferente:

“Yo solo mezclo tres cráteras para quienes son moderados; la primera es para la salud, y es la que primero se beben. La segunda es para el amor y el placer y la tercera para el sueño; cuando se han bebido esta, quienes pasan por juiciosos se van a su casa. La cuarta crátera ya no es nuestra sino de la *hybris*, la quinta del alboroto. La sexta de la procesión de los borrachos y la séptima del ojo a la funerala. La octava es la de los tribunales, la novena la de la bilis y la décima la de la locura y la de tirar todo el mobiliario” (Eubulo *apud* Ateneo, II, 36).

Estos banquetes tenían también un importante componente religioso a tener en cuenta. Como no podía ser de otra manera se veneraba a Dioniso, dios del vino, y se cantaban himnos y alabanzas en su honor como podemos observar en este fragmento de *El banquete* de Platón:

“Después de lo cual, cuando Sócrates se instala en el lecho (junto a Agatón, es decir, en el lugar de honor) y cena, así como los demás, todos hacen libaciones, cantan el himno del dios (Dioniso) y cumplen los ritos habituales. Después empiezan a beber” (Platón, *El banquete*, 176 a).

Cuando el banquete se prolongaba lo suficiente solía finalizar con relaciones sexuales entre los invitados y los/las músicas, bailarines o esclavos efebos, cuyo

cometido era dar placer a los hombres de la sala. Todos estos aspectos de los *symposia* han sido representados en numerosas ocasiones en la cerámica griega. Como ejemplo, en estas dos imágenes podemos ver a jóvenes reclinados bebiendo en un simposio con sus característicos *kylix* (Domínguez & González, 2011, 195).



Copa de figuras rojas. 490-480 a.C. Louvre.



Copa de fig. ro., cótabos. 510 a.C. MNA Atenas.

Tras el banquete Arifrón se dirige hacia su hogar en unas condiciones deplorables, prácticamente a hombros de Estéfano. El joven atraviesa el umbral, se quita el cinturón y se desploma en el sencillo camastro del dormitorio que comparte con sus dos hermanos pequeños. No queda mucho para que amanezca y Arifrón tendrá que ayudar a su padre barnizando unas ánforas desde primera hora.

Conclusión

Como hemos visto a lo largo de este recorrido, la Atenas de Pericles de mediados del siglo V a.C. en muchos aspectos distaba de esa visión esplendorosa que se suele tener de este periodo. Aunque esta fue la edad dorada de la historia de Atenas y de la primera forma de *demokratía*, echando un vistazo a la vida cotidiana, al día a día en la *polis*, podemos advertir que las calles de la ciudad eran estrechas, sucias y malolientes; que las viviendas eran mediocres y construidas con materiales baratos y poco duraderos y que las condiciones de vida para muchos sectores sociales eran mucho más duras de las que podríamos imaginar (Flacelière, 1959, 329-335).

Hemos visto cómo los antiguos griegos cuidaban de su apariencia. Tanto los hombres como las mujeres seguían las modas del momento, tal y como ocurre hoy en día. Asimismo, nos hemos integrado en el núcleo de una familia de artesanos donde hemos aprendido cómo era el oficio de la cerámica y cómo se producía este producto que se ha convertido en un símbolo de la cultura helénica. Nos hemos metido en la piel de un efebo ateniense joven y vigoroso que se ejercita a diario en la palestra tras haber hecho el servicio militar obligatorio. El ambiente viril de los diferentes deportes practicados en la arena ha dado paso a la sociabilidad en el núcleo político y religioso de la ciudad: el Ágora, dando paso a la celebración en un simposio lleno de exquisiteces, sexo y alcohol; donde las pasiones de los jóvenes y el desenfreno se manifiestan.

El día ha finalizado. Este ha sido un día cualquiera en la Atenas clásica del año 432 a.C. Es una época turbulenta en el mundo griego: la Liga de Delos y la Liga del Peloponeso se prestan para el enfrentamiento militar. Un enfrentamiento entre dos ciudades-estado; dos ligas; dos sistemas políticos diferentes. Las Guerras del Peloponeso sumarán al mundo griego en los próximos treinta años a un desangramiento constante que continuará durante la primera mitad del siglo IV a.C. con nuevos enfrentamientos y que culminará a mediados de esta centuria con el triunfo de la hegemonía macedonia sobre las ciudades griegas que logrará el destacado líder político-militar Filipo II, el padre de Alejandro Magno.

FUENTES LITERARIAS:

- Aristófanes, *Las aves*. Traducido por Cristina Crespo para Ediciones Temas de Hoy, 1989.
- Aristóteles, *Política*, Traducido por Estela García Fernández para Istmo, Madrid, 2005.
- Ateneo, *Banquete de los eruditos*. Traducción de Cristina Crespo para Ediciones Temas de Hoy, 1989.
- Hesíodo, *Trabajos y Días*. Traducido por Cristina Crespo para Ediciones Temas de Hoy, 1989.
- Jenofonte, *El banquete*. Traducido por Cristina Crespo para Ediciones Temas de Hoy, 1989.
- Platón, *Banquete*. Traducido por Cristina Crespo para Ediciones Temas de Hoy, 1989.
- Platón, *La República*. Traducido por Cristina Crespo para Ediciones Temas de Hoy, 1989.
- Plutarco, *Vida de Teseo*. Traducción hecha por Cristina Crespo para Ediciones Temas de Hoy, 1989.
- Tucídides, *La guerra del Peloponeso*, Traducido por Cristina Crespo para Ediciones Temas de Hoy, 1989.

BIBLIOGRAFÍA:

- Barceló, P. & Hernández de la Fuente, D. (2019). *National Geographic Historia: Grecia Clásica*. RBA Libros: Barcelona.
- Beaulieu, M. (1971). *El vestido antiguo y medieval*. Oikos-TAU, S.A ediciones: Barcelona.
- Domínguez, A. C. & González, A. (2011). La vida cotidiana en el Ática antigua a través de la cerámica. *Thamyris*. 2. Universidad de Málaga: Málaga.
- Flacelière, R. (1959). *La vida cotidiana en Grecia en el siglo de Pericles*. Ediciones Temas de Hoy: Madrid.

- García López, J. (1975). *La Religión Griega*. Akal: Madrid.
- García Soler, M^a J. (2004). Alimentación y salud en la Grecia antigua. *Bitarte*. 34.
- Golden, M. (2008). *Greek sport and social status*. University of Texas Press: Austin.
- Gómez Espelosín, F.J. (2016). *Historia de Grecia en la antigüedad*. Akal: Madrid.
- González, S. (2000). «El banquete griego en Occidente. La Galia: alcance y límites de un tipo de comensalidad». *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*. 21. Universidad Autónoma de Madrid: Madrid, pp.
- Iriarte, A. (2020). *Feminidades y convivencia política en la antigua Grecia*. Síntesis: Madrid.
- Jenkins, I. (1998). *La vida cotidiana en Grecia y Roma*. Akal: Madrid.
- Pastor, A. (1990). *Tecnología de la cocción cerámica desde la antigüedad a nuestros días*. Asociación de ceramología: Alicante.
- Sesé, M^a J. (2008). Los juegos olímpicos de la antigüedad. *Cultura, Ciencia y Deporte*. Universidad Católica San Antonio de Murcia: Murcia.
- Vernant, J.-P. (1993). *El hombre griego*. Alianza Editorial, S.A.: Madrid.